

EVA G.^a SÁENZ DE URTURI



LA SAGA DE LOS LONGEVOS

1

LA VIEJA FAMILIA

EVA GARCÍA SÁENZ DE URTURI

LA SAGA DE LOS LONGEVOS

1

LA VIEJA FAMILIA

ADRIANA

30 de enero

—Lo siento, mamá —dije frente a su nicho. Tragué saliva. No era fácil. La vieja foto de mi madre pareció sorprenderse al verme en el cementerio de Ciriego—. Siento haberme mudado a Madrid sin averiguar lo que te pasó. Pero he vuelto, he vuelto a Santander y te prometo que voy a hacer todo lo posible por...

Entonces sonó la alarma que había programado en el móvil.

—Hoy es mi primer día de trabajo. No quiero llegar tarde —le conté.

Le di un beso al cristal que protegía su imagen descolorida y salí corriendo por las calles del camposanto hasta mi coche.

Aquella mañana me incorporaba oficialmente a la plantilla del Museo de Arqueología de Cantabria en calidad de conservadora jefe del Área de Prehistoria.

Apenas llegué a un promontorio junto al acantilado, se me escapó un silbido de admiración: el edificio del museo era una imponente casa de indianos. La piedra gris rivalizaba con la fachada roja. En el jardín crecían plantas exóticas que los emigrantes cántabros retornados de América a principios del siglo xx habían traído para recordar a sus vecinos el origen de sus fortunas.

Mi coche recorrió el sendero que llegaba hasta la misma entrada y, una vez allí, rodeó el edificio hasta el aparcamiento del personal. La parte trasera del museo era una explanada de césped.

Aparqué al final del acantilado. Desde allí se divisaba una brumosa Costa Quebrada, como si me moviera dentro de un cuadro de Monet. Miré la hora en el móvil.

A primera hora había quedado con Iago del Castillo en la Sala de Prehistoria, así que lo esperé, nerviosa, mientras observaba las vitrinas: bifaces, puntas de lanzas, alguna pieza dental...

—Así que Adriana, «la que vino del mar».

La voz me recorrió de arriba abajo, descargándome un fogonazo de recuerdos difusos. ¿De quién era aquella voz?, ¿la había oído antes de aquel día?

El dueño en cuestión tenía los mismos rasgos que Héctor, el director del museo que me había entrevistado y contratado por videoconferencia, pero aparentaba algo menos de treinta años. Aparte de la diferencia de edad, era imposible pasar por alto el detalle que los distinguía: tenía los ojos de un azul tan claro como nunca antes había visto en un ser humano. En aquel momento me recordaron a los de un *husky* siberiano. Mis retinas archivaron un pelo oscurísimo, mucho más informal que el de Héctor. Y era muy alto, casi metro noventa.

Por lo demás, tenía esa misma presencia que llenaba la habitación. Sus facciones eran rotundas, casi diría que intimidantes, aunque el azul líquido de su mirada ayudaba mucho a diluir el efecto.

Yo por entonces no lo sabía —¿cómo podría siquiera haber pensado en eso?—, pero aquel extraño color de iris delataba su edad. La primera persona de ojos azules nació hace diez mil años debido a una mutación que, en principio, no aportaba ninguna ventaja evolutiva, y aun así tuvo éxito y se propagó por toda Europa. El hecho de tener ese color de ojos suponía que Iago no podía tener más de diez mil años, y también suponía que Héctor podía tener más, muchos más, como de hecho así era. Pero en aquellos primeros momentos no fue en su edad en lo que pensé.

—Vaya, ¿te sabes todo el santoral? —reí para obligarme a dejar de escrutarlo.

—Qué va —dijo riéndose—, pero me gusta saber lo que significan los nombres. Es importante, ¿no crees? Hay que cargar con ellos toda la vida.

—En mi caso, el significado es literal: mis padres pasaron la luna de miel en un crucero por el mar Adriático. ¿Has oído hablar de una serie de los años setenta llamada *Vacaciones en el mar*?

—*Love Boat*, sí, mis padres hablaban de ella cuando era pequeño.

—Exacto, *Love Boat*. Pues el barco de la serie, el Princesa del Pacífico, fue reconvertido en barco de recreo una década después.

—¿Me estás diciendo que fuiste engendrada en el barco de *Vacaciones en el mar*?

—En algún lugar indeterminado del Adriático, eso es. —Sonreí, satisfecha del efecto que le había causado mi pequeña anécdota vital. Me acerqué a él para saludarlo—: Iago del Castillo, supongo. Eres igual que tu hermano. Tienes que estar cansado de oírlo.

—Más de una vez, es cierto —dijo—. Mañana comienza la exposición del poblado cántabro y tengo que solucionar algunos flecos de última hora. Si te parece bien, esta semana nos reunimos en mi despacho y te pongo al día de la programación de esta temporada. Vamos a tener que trabajar duro. Llevamos demasiados meses sin responsable.

—Lo sé. Elisa me puso al día.

En ese preciso momento entró mi amiga en la Sala de Prehistoria acompañada de otra chica. Elisa Garrido, antigua compañera de carrera en la Universidad Complutense de Madrid, fue quien me había avisado del puesto vacante de conservadora jefe. Elisa estaba casada y había tenido tres hijos en cinco años. De mi primo Marcos, para más señas.

Iago se dirigió a la puerta y se volvió hacia mí antes de desaparecer:

—Nos vemos entonces en la exposición de mañana. Te

dejo en buena compañía. Adriana, encantado de haberte conocido por fin.

—Lo mismo digo —le respondí.

«Lo mismo digo, Iago», callé.

ADRIANA

30 de enero

En cuanto se fue, tan rápidamente como había llegado, Elisa dejó de guardar las formas y me abrazó.

—¿Te lo puedes creer? Tú y yo trabajando juntas en Cantabria.

La contemplé con una sonrisa. Ahora gastaba un flequillo con mechas claras que impedía una visibilidad mínimamente segura.

—Por cierto, te presento a Chisca. Es estudiante de la Universidad de Cantabria, está con nosotros como becaria de mi área.

La chica llevaba los ojos saturados de rímel y la oreja taladrada de *piercings*. Unas botas paramilitares completaban su atuendo de gótica de manual. Me saludó con un gesto travieso y yo también le sonreí.

—Bueno, pues ya has conocido a Iago. Es como Héctor, pero a mil revoluciones por minuto —me dijo.

—Que no te despisten esos ojos —intervino Chisca—, a Iago no se le escapa nada, es una máquina.

—La Máquina —recalcó Elisa, acentuando todas las vocales—. Aunque él mismo coordina todas las áreas del museo, desde Prehistoria hasta Edad Contemporánea, te aseguro que nunca habla por hablar. Se aprende mucho con él.

—Vamos, Elisa —le insistió Chisca—, no escatimes información. Habrá que ponerla al día con los tres hermanos Del Castillo.

—Verás, hay toda una mitología montada alrededor de ellos. Se dice que son hijos de un matrimonio de diplomáticos fallecidos —dijo Elisa.

—Por lo visto, Héctor y Iago nacieron en Santander, aunque Jairo, el menor y el más rico de los tres, nació en Londres.

—Yo he oído que en Nueva York.

—Eso es nuevo, ¿cómo que en Nueva York? —dijo Elisa—. Bueno, es lo mismo. El caso es que Héctor y Iago estudiaron en las mejores universidades de Europa. Mientras tanto, Jairo se dedicó a mantener y aumentar la fortuna familiar. Dicen que sus padres ya venían de familias acomodadas del norte. Hace unos años volvieron a Santander, Jairo compró y rehabilitó esta casona, que había mandado construir en 1908 un indiano muy poco conocido, el marqués de Mouro, cuando volvió de Cuba.

»Hay cierta leyenda negra en torno a él. Se creía que traficaba con bienes de las antiguas colonias, y toda la propiedad estuvo sometida a una vigilancia extrema por parte del gobernador de la época, aunque nunca se supo cómo entraba en Santander con toda la mercancía. Pero un día, el marqués simplemente desapareció. Encontraron el palacete vacío y permaneció deshabitado hasta que, hace cuatro años, el museo abrió sus puertas. Pero volviendo a los hermanos Del Castillo, los hermanos de Jairo sienten pasión por la historia, así que están al frente del museo desde entonces.

Tomé nota de todas sus advertencias, y saqué mis propias conclusiones. Por lo visto, Héctor del Castillo era el alma del museo, Iago era el cerebro y Jairo, el bolsillo.

ADRIANA

30 de enero

Una vez que salí del museo, conduje hasta mi piso de Santander, en la plaza Pombo. Abrí la puerta al grito de «¡Mamá, ya estoy aquí!», aunque ella no respondió.

Hacía años que no lo hacía.

Y lo echaba de menos: que siempre contestara «¡Estoy en el despacho, Dana!». Echaba de menos nuestra conexión, nuestras conversaciones en el sofá, bajo la manta. Nuestros paseos nocturnos por la ciudad, sin rumbo fijo. Que nos regaláramos trenzas de hojaldre o helados de Regma; mi madre era tan golosa como yo.

Echaba de menos todo lo que no había vuelto a repetirse.

Dejé atrás el pasillo desierto y me dirigí a su despacho. Frente a mí, una ordenada colección de cuadernos negros vestía la estantería desde el suelo hasta el techo.

Allí estaban las claves que en realidad buscaba: los cuadernos de los pacientes de la consulta de mi madre, la psicóloga de referencia de la alta sociedad santanderina.

Porque lo cierto es que la decisión de mudarme a Santander e instalarme precisamente en el piso de mi infancia no tenía nada de casual. Después de rondarme todas las noches de insomnio durante los últimos años, me había decidido a investigar, a llegar al fondo del asunto, por muy dolorosa que resultase la verdad; a

saber qué pasó aquella tarde que cambió mi vida y la de mi pequeña familia para siempre.

Sin retorno.

El día que mi primo Marcos vino a buscarme al instituto para decirme que mi madre había aparecido muerta en su consulta.

IAGO

Undécimo día del mes de Luuis, 10.310 d. a.

31 de enero

Aún no había amanecido cuando aparqué el todoterreno junto a la playa de Covachos, una pequeña cala frente a la isla del Castro. Lür bajó de un salto sin poder disimular su impaciencia. Yo era de la opinión de que un hombre de veintiocho mil años debería tener más domados sus impulsos, pero a mi padre siempre le habían perdido nuestras jornadas de pesca.

Daba igual que estuviéramos en el Mesolítico, pendientes de los ruidos de los jabalíes del bosque, o en el Medievo, buscando ríos que no llevasen cadáveres con las caras picadas por la viruela, o sometidos a los vaivenes de la Revolución francesa, vistiéndonos como campesinos para intentar mantener una vez más la cabeza pegada al tronco. Daba igual, porque en esencia mi padre y yo necesitábamos volver a los viejos rituales como el que necesita salir a la superficie y tomar aire.

Fue él quien se adelantó, con la caña sobre el hombro y sus aparejos de pesca casi sin usar, y se adentró en el mar aún negro para lanzar el cebo. Yo me coloqué a su lado y lancé el mío, después de sacar del bote de cristal una porción casi transparente de quisquilla y clavarla en el anzuelo de acero de última generación. Lo miré de reojo en silencio mientras él cambiaba el peso de sus piernas cada dos segundos.

—¿Estresado? —lo tanteé.

—He tenido una semana de locos. Ya me explicarás por qué te fuiste a Madrid sin avisar. Me dejaste solo al frente del MAC con un montón de asuntos pendientes —susurró mientras controlaba el sedal.

—No tuve más remedio —dije, bajando yo también la voz.

—Por cierto, ¿qué tal con Adriana Alameda?

—Todo fue según lo previsto. Ayer le di la bienvenida. Creo que hiciste bien en contratarla, tiene un currículum impresionante para su edad.

«Y parece lista, y mira de frente, y hacía lustros que no me fijaba en esos detalles», omití. Y esos pensamientos me sorprendieron. ¿Hacía cuánto tiempo que no...? Demasiado, tanto, que no lo recordaba.

IAGO

Undécimo día del mes de Luuis, 10.310 d. a.
31 de enero

—¿Crees que nos será útil? —quiso saber mi padre.

—Creo que sí, aunque... vamos a intentar no perjudicarla, ¿de acuerdo? Tiene una carrera prometedora.

—Si hacemos los cambiazos con discreción, no tiene por qué salpicarle. Y cuando nos vayamos del MAC, la dejaremos bien reubicada. Y ahora, ¿me vas a contar de una vez por qué cogiste ese vuelo el otro día?

—Lyra, padre, fue por Lyra. Ha terminado la investigación de los antioxidantes y está recopilando los datos para sacar las conclusiones. Aún le quedan meses para finalizar, pero se intuye que no va a haber ninguna respuesta concluyente, lo cual es desesperante para ella y un alivio para nosotros.

—De acuerdo, pues cálmala. Siempre se te ha dado bien —dijo, frunciendo el ceño un segundo.

Sacudí la cabeza y sonreí sin ganas.

—Aún no lo entiendes. Estos cuatro años de tranquilidad para ti y para mí se han acabado. Lyra ha perdido la paciencia, me amenazó con irse del museo y empezar otras líneas de investigación por libre, financiada por Nagorno. No nos podemos permitir que estén fuera de nuestro control. Ahora mismo hay tres mil ensayos clínicos en todo el mundo dedicados al envejecimiento o

a la medicina regenerativa. Necesito seguir controlando lo que hacen, si no, terminarán encontrándolo por sus propios medios.

Mi padre se adentró unos pasos más, ignorando una ola que casi lo abate. Yo lo seguí, varios metros por detrás.

—Aún no me has explicado lo de Madrid —insistió.

—Tuve que improvisar. El otro día se enfrentó conmigo, me acusó de tenerla dando vueltas en círculo y de no estar tan involucrado como ella en la búsqueda del gen longevo. Así que, para seguirle el juego, cogí el primer avión a Madrid y me presenté en el INO, el Instituto Nacional de Oncología. Hace poco saltó la noticia de que habían conseguido ratones un cuarenta por ciento más longevos y resistentes al cáncer. Tengo un buen contacto allí, le hice una visita sorpresa y husmeé todo lo que pude.

—Roedores y cáncer, ¿no se aparta un poco de nuestro propósito?

—Esa era mi intención, en realidad. Todo lo que haga perder el tiempo a mi hermana será bienvenido. Pero debo decirte que fue más interesante de lo que esperaba. Han manipulado genéticamente varias cepas de ratones con un gen supresor del cáncer y con una enzima que mantiene las células dividiéndose una y otra vez. Lo que han logrado es un ratón que ha vivido el equivalente a ciento treinta años humanos de vigorosa juventud y, además, libre de tumores, ¿te suena de algo?

—Ese ratón se nos queda un poco corto en años.

—Cierto. En realidad yo tampoco creo que tenga relación con nuestro gen longevo. Por eso le entregué a Lyra todo el material, aunque creo que ella también lo desestimaré. En fin, asumo que los próximos meses voy a tener que viajar bastante —le dije.

Con todo, mi padre siguió insistiendo:

—¿Cuánto tiempo más crees que puedes tenerla engañada?

—Ni idea —tuve que admitir, encogiéndome de hombros—. Sé que puedo ser muy convincente distrayéndola de su camino, pero tarde o temprano se cansará. Y no pienso ser yo quien iden-

tifique el gen que nos da la longevidad. No quiero contribuir a que haya más como nosotros. Aislarlo será el primer paso. Luego, tarde o temprano, acabará en manos equivocadas y tendremos una élite de longevos paseando por el mundo.

—Lo dices como si fuéramos una aberración —me interrumpió, molesto.

—No quería decir eso, simplemente pienso que una sociedad de longevos, sin la capacidad de regeneración que otorgan las nuevas generaciones cuando las viejas mueren, acabaría convirtiendo cualquier civilización en un cenagal de agua estancada. Las mismas personalidades chocando a lo largo de los siglos una y otra vez. ¿Es que no es suficiente con el patético ejemplo de nuestra familia? Un mundo así no traerá nada bueno. Ningún Gobierno podría asumir los costes de una población milenaria, y de los cambios sociológicos que traería.

»Todo el mundo sueña con no morir nunca, pero ¿y si nuestra longevidad extrema se generaliza y cualquiera puede vivir cinco mil años? ¿Los matrimonios seguirán prometiendo eso de «hasta que la muerte nos separe» cuando hablamos de milenios? ¿O soportar a un suegro metomentodo, una hermana retorcida o cualquier otra relación tóxica a la que te obligue la sangre durante siglos? ¿A quién le apetecerá pasarse quinientos o dos mil años trabajando hasta la jubilación? Todos los contratos sociales tendrían que ser revisados, por no hablar de los países que no conocen la democracia, ¿cuantos pueblos tendrían que soportar al mismo dictador durante siglos?

Él calló durante un rato, como si necesitase digerir mis palabras. Un sol perezoso despuntaba ya por el este.

—Sé que haces esto por mantenernos una vez más unidos como familia —proseguí—. Y, sinceramente, para mí eres el mejor padre que alguien puede haber tenido jamás. Sin embargo, creo que en este asunto estás siendo demasiado blando con tus otros hijos. Siempre les has pasado por alto sus errores, pero esto afectará a lo que somos de manera definitiva. Que sepamos,

eres el decano de la humanidad, tu palabra debería servir de algo frente a ellos.

—Sabes lo obstinados que son. Si han tomado esa senda, ninguno de ellos la va a abandonar.

—No, mientras estas sigan siendo las circunstancias. Habrá que pensar en cambiarlas —dije, recogiendo el carrete.

—¿Qué estás tramando? Te conozco demasiado bien.

—No tengo nada aún, padre, solo estoy ganando tiempo. Pero debes saber que, llegado el momento, si tengo que pararles los pies, lo haré, aunque tú no lo apruebes.

—Me doy por advertido.

Ambos nos quedamos durante un buen rato atrapados en un tenso silencio. Por suerte, desde que llegamos a la playa no habíamos divisado a ningún otro pescador.

—Deja ya esas cañas, no he visto cosa más inútil —le dije por fin—. Voy al Jeep a por los arpones. Y quítate esas botas, que pareces un astronauta.

Me desnudé y dejé mi ropa en el maletero. Cuando volví a la orilla, él ya se había desprendido de su ridículo atuendo de pescador contemporáneo. Desnudos éramos más sigilosos y las ropas no molestaban para lanzar. Nos acercamos a las rocas del islote buscando peces atrapados por la corriente.

Ambos pescamos un par de soberbias doradas. Limpiamos el pescado y metí los filetes en un bote con la salmuera que llevaba preparada de casa. Llevaba siglos utilizando la misma receta. Sonreí para mí. Recordé que Gunnarr acostumbraba a robarme parte de aquel emplasto para endurecerse la piel de las manos antes de salir al mar Báltico en su *drakkar*.

—Mañana por la noche las tendré ya marinadas, ¿vienes a cenar a casa? —le pregunté, ya de mejor humor.

—¿Cuándo me he resistido yo a tu pescado? —dijo mi padre, palmeándome la espalda con una sonrisa poco creíble.

Solté un suspiro, torciendo el gesto.

—Dime qué te preocupa.

—Sé lo contundentes que resultan tus planes. Eso me inquieta, y mucho más si no los compartes. ¿Qué tienes pensado hacer?
—insistió.

—Alguien tiene que encargarse.

—¿De qué, Iago?, ¿encargarse de qué?

Miré hacia la isla de Castro, y guardé un obstinado silencio.

«Espero que no tengas que verlo, padre».